

# "WEST-SIDE STORY"

**Q**UERIDO director: Usted no conoce a Sandra y Maribel. Me consta, porque nunca hemos hablado de discos estereofónicos, sino de libros.

Estas muchachas son vendedoras en una tienda de discos del barrio de Salamanca. Ninguna de las dos debe haber cumplido todavía los dieciocho años. Sandra es hija de una familia acomodada que vive cerca de la calle de Goya. Suele llevar una falda de napa con tirantes largos. Creo que el modelo se llama "Pepe" y que está inspirado en la manera personal en que Cantinflas lleva los pantalones en el cine. Sandra parte el pelo con una raya vertical en la nuca y lo sujeta con gomas de los billetes de Banco, en dos plumeros, como la tonta Tomasa.

Maribel es una madrileña castiza, desplazada del caserón ruinoso del viejo Madrid a un poblado dirigido con terraza, macetas de hortensias y poliván.

Cuando entro en la tienda y no está el encargado del negocio, Sandra y Maribel aparecen detrás del mostrador de cristal envueltas en el humo de los cigarrillos—adormecidas como en un fumadero de opio—, por la música es-

trepitosa, llena de exclamaciones en idioma americano, de un disco que se titula "West-Side Story".

Advierto siempre que no acogen mi presencia con el agrado que debía causarle el saber que siempre compro uno o dos discos estereofónicos, de los grandes, de esos de treinta y tres revoluciones, que, para que usted se entere, tienen un precio superior a un libro de arte de la colección "Skira" o a dos volúmenes de obras completas en piel.

Y eso es porque han de quitar el disco en inglés—siempre el mismo—para poner Vivaldi, Bach, Mozart y la música que a uno le gusta, no sin antes mirarse una a otra con sonrisita escéptica, como cuando han de soportarse los tangos de Gardel que le gustan al tío, o la mazurca que la abuela se empeñaba en hacer sonar en la vieja pianola familiar.

Un día me harté y les dije a estas niñas:

—Pero, bueno, ¿qué pasa aquí?

—Nada... ¡Como a usted le gusta esa música tan aburrida!...

Las dos estaban de acuerdo en hacer proselitismo para que escuchara completo el dis-

co cantado en americano, y me recomendaron que fuera a ver la película del mismo nombre, que se proyecta en Madrid, semana tras semana, desde hace varios meses.

Me negué rotundamente a escuchar el disco y a ver la película. En primer lugar, porque a mí una canción tiene que servirme en la letra y en la música. Canciones como logogrifos, no. Y un disco con exclamaciones en americano y confusión de trompetas con sordina, no sólo no me dicen nada, sino que me rebelan.

Pero luego, cuando salí de la tienda, me asaltó la duda, la aprensión más bien, de que si uno estaría anquilosándose, como esos escritores que, en plena era espacial, están escribiendo todavía sobre la Mata-Hari y la guerra del 14.

Fui esta tarde a ver la película, que es un prodigio de técnica, de fotografía y que se proyecta en Superpanaviación Todd-ao, con gran derroche de color y con la misma música estereofónica del disco.

Pero desde que aparecieron las primeras imágenes noté que se me despertaba en el alma toda mi ascendencia de la honrada Castilla y que se me revolían las tripas. Estu-

ve a punto de marcharme; pero aguanté mecha hasta casi el final, como un masoquista, por tener más completos argumentos.

Los protagonistas de la película son los gamberros de un barrio de Nueva York en pugna con los de otro barrio de puertorriqueños. Las caras de los primeros, así como su estilo e indumentaria, hacen daño a la vista. Es una juventud podrida, repugnante, colocada en un escenario sucio, de azoteas y alcantarillas.

Esta juventud maleante tiene bajos instintos y acaba peleándose a navajazos, en una lucha donde exhiben musculaturas brillantes por el sudor, blancas dentaduras apretadas por la ira y unos primeros planos de rostros en donde se retrata la corrupción de sus almas juveniles.

Todo esto rodado en un color fascinante y con una música a gran orquesta, como si se tratase de una obra de Shakespeare para el cine. En definitiva, que dentro de ese gran salmón artísticamente presentado, con los ojos iluminados con dos bombillitas de linterna, están las tripas podridas que despiden un hedor insoportable.

Es tal la náusea que me ha causado ese clima de corrupción, de canciones con letras tonías, de diálogos telos y las caras blandas de esos jóvenes americanos, que desearía que esta pedrada de indignación fuera a caer en medio de la charca sucia para que, al saltar, su hedor se notara en esas salas de proyección españolas, donde se suprime de nuestras inocentes películas un beso de amor o el escote de esa deliciosa criatura que se llama Aurora Bautista.

¡Es que para subírnos en el carro de Europa, como se dice ahora; para entrar en el Mercado Común, para seguir recibiendo unos dólares, tenemos que tragarnos estos "sandwich" con tomate, lechuga y una cucaracha? Estoy seguro que mientras los llevamos a la boca sus proveedores están mirándonos con esa sonrisita comercial U. S. A. para ver qué caras ponemos.

¡No nos van tan mal las cosas a los españoles para que nos echen en la acera un real atado con un hilo por el agujerito para tirar de él cuando nos agachemos a cogerlo! ¡Todavía nos queda merluza fresca, salmón y truchas de Asturias y ternera de Gerona y no hemos tenido que recurrir, como ellos, a las salsas picantes y aromáticas para poder tomar una carne de vaca, matada el año pasado en el matadero de Chicago y fosilizada en las cámaras!

En el fondo, querido director, se me revuelve, exaltado, el patriotismo y me dan ganas de salir a cintarazos para romper ese cerco de miserabilismo y acabar con la emboscada sucia que intenta entrar a la bayoneta para contaminar nuestros alegres Colegios Mayores y la salud moral de la juventud española.

Marino GOMEZ-SANTOS

POEBLO, 15 JUN. 1963